

X

Aquella noche había poca gente en casa de Ginoni. Borsetti no había podido venir, la Zibelli no había querido, el casero tampoco parecía: en el hermoso comedor, en torno de una gran mesa ovalada, cubierta de platos llenos de dulces y de botellas de vinos sardos y sicilianos, no había más que la familia, la maestra Pedani y tres pequeñas amigas de la hija con su abuela, que vivían en habitaciones de la otra escalera.

Pero la juventud, que componía la mayoría de la reunión, dábale á ésta viva alegría, formando en derredor una corona de cabezas rubias, doradas por la luz de una rica lámpara de gas colgada de la bóveda.

La niña, discípula de gimnasia de la Pedani en la escuela "Margarita", tenía trece años y parecía el retrato del hijo varón más pequeño, gemelo suyo, alumno de tercer año de gimnasia.

El hijo mayor, Alfredo, de veintiun años, estudiante de matemáticas en la Universidad, y velocipedista notable, era un rubio atrevido, con dos ojos de fuego, y con la desenvoltura de un hombre de mundo. Habíase sentado tan cerca de la maestra, que ésta tuvo que hacerse un poco atrás para no rozarle con los hombros. Era el ídolo de su madre que no contaba todavía cuarenta años: una hermosa anchoa indolente, con una gran nariz aristocrática, benévola cuando no la herían en su ciego amor por el hijo.

El más simpático de la familia era el ingeniero, un guapo hombre de cincuenta años con el pelo algo canoso, gran trabajador, hablador sempiterno, bromista, amante de la vida holgada, pero sin pretensiones.

Marido y mujer tenían una amistad cordial por la Pedani, en parte por la originalidad de su carácter, y más aún, porque su hija la adoraba; y no disentían de ella más que por una aversión declarada á la gimnasia, desde que un sobrino suyo, alumno de un colegio de internos de Milán, había años, se había roto un brazo cayendo de una cuerda de ascensión.

—Amiga...—solía decirle Ginoni al encontrarla por la escalera;—pero hasta el un-

LIBRERÍA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
625 MONTEVIDEO, MEXICO

bral de la Palestra no más.—Ó bien:—¡Abajo la gimnasia!

Y siempre que se encontraban juntos la pinchaba con mucho gracejo sobre aquel asunto.

Y claro es, la conversación recayó también sobre este tema aquella noche.

Entre otras cosas, para criticar el nuevo método de enseñanza, el ingeniero contaba que el año anterior había visto ejecutar los pasos gimnásticos á las *hijas de los militares*, del Instituto de Santo Domingo, donde fué á visitar los locales. El espectáculo, si lo había gustado.

Aquellas ciento cincuenta muchachas crecidas, con sus vistosos vestidos negros y azules y delantales blancos, puestas en fila en un ancho patio, que se movían todas á una á la voz de mando de la maestra, con graciosos movimientos de contradanza, haciendo un ruido especial con sus vestidos que parecía una música cadenciosa y sorda como si cuchichearan muchas personas; todos aquellos brazos hermosos y manecitas en el aire; aquellas apretadas trenzas saltando sobre los airosos torsos; aquellos trescientos pies vigorosos y menudos, y la gracia indefinible de los movimientos, entre danza y

salto, con la faldas largas que les daban el aspecto de un *cuerpo de baile* pudibundo, era nuevo y seductor, sin género de duda.

Pero, ¡Dios del alma! ¡Cuántas palabras les dirigía aquella maestra para hacerlas mover! Charloteaba ella más que lo que ellas se movían; eran voces de mando interminables de general de brigada; una complicación fatigosa de coreografía. Y sobre esto, era un movimiento contenido y medido á centímetros, insuficiente para aquellos cuerpos desarrollados ya y llenos de vida, una combinación de ejercicios acompasados, trabajados con la pluma y para servir de espectáculo á comisiones ó invitados. Él, de muy buena gana hubiera cortado la representación á la mitad, y soltado á todas en una pradera florida como un hato de potrancas.

La Pedani, sin embargo, estaba en esto conforme con él. Ella era baumanista precisamente, porque Bauman hacía la guerra á la gimnástica coreográfica y quería para las muchachas una escuela más varonil.

—Entonces—dijo el ingeniero,—para hacerle rabiar á usted, voy á decirle cuatro cosas de Bauman.

—Yo le defenderé,—respondió ella:—*Prrrruebe* usted.

—No, dijo Ginoni sonriendo,—no lo haré, porque no tengo bastantes conocimientos enciclopédicos, pues ahora la gimnasia abraza todas las ciencias.—Y citó á un conferenciante de la Filotécnica, que, algunas noches antes, teniendo que tratar de la gimnasia, había hecho antes una *excursión* interminable á través de la filosofía, de la etnología, de la antropología, revolviendo todo lo cognoscible humano, para venir luego á tratar de las pesas.

—La gimnasia—repuso tranquilamente la Pedani,—tiene relación con todas las ciencias.

—¿Cómo no?—le replicó el ingeniero.—Mejor dicho, ella es la clave de todas. Así ahora dicen, que si un muchacho encuentra dificultad para resolver un problema, no tiene más que hacer unos pasos en las paralelas durante un cuarto de hora, sentarse de nuevo á la mesa y..., todo está resuelto.

—Usted bromea, señor Ginoni—repuso ella encogiéndose de hombros,—y no quiero contestarle más.

—No, no es juego:—añadió,—continuando la broma. ¿No ha llegado á decirse también que la gimnasia echará la zancadilla á la medicina? Creo que el maestro Fassi ha escrito

que, determinados ejercicios, valen tanto como algunas recetas. Buen tipo, ¡el maestro Fassi! También creo que es uno de los que encuentran transformaciones maravillosas en la musculatura de sus alumnos desde la mañana del lunes á la tarde del sábado. Por ejemplo, él tiene un ideal de la humanidad originalísimo: que la gente vaya saltando por la calle, que haya anillas y paralelas en todas las plazas, lucha obligatoria en todas las oficinas, ejercicios de los superiores en los salones...

—No siga usted, señor ingeniero, porque me da pena—dijo la Pedani—oír á un hombre como usted echar á barato una cosa tan seria. ¡Cómo se permiten tomar á broma la gimnasia cuando de trescientos mil alistados en quinta, ochenta mil son declarados inútiles por defectos físicos! ¡Cuando tenemos los gimnasios llenos de jovencuelos descoloridos que tienen pecho y brazos de niños, y de diez muchachos de la mejor sociedad no se encuentran dos sin algún grave defecto de constitución!... ¡Oh, no deja de ser una broma triste!

—Le pido á usted mil perdones,—respondió el ingeniero.—Yo no combato la gimnasia... gimnasia. Yo tengo manía á esta

nueva gimnasia científico-literaria-apostófico-teatral, que han inventado para dar fiestas y espectáculos; para fabricar grandes hombres y multiplicar los congresos, y para menear la lengua y la pluma mil veces más que los brazos y las piernas. No es esto, en mi juicio, la gimnasia que defiende nuestra valiente señorita.

—No la defiende— contestó ella,—porque no existe, porque no es otra cosa que una invención de ustedes. Yo no conozco más que una gimnasia razonada, fundada sobre el conocimiento de la anatomía, de la fisiología y de la higiene, que da á la infancia fuerza, agilidad, gracia, salud, buen humor y realza todas las facultades morales é intelectuales. Creo en estos efectos porque están comprobados y los veo; creo pues que la gimnasia sea la más útil, la más santa de las instituciones educativas de la juventud, y los que la combaten, perdóneme... me dan pena, parecen gente ciega, enemigos inconscientes de la humanidad.

El ingeniero no pudo menos de reirse un poco del ligero tono declamatorio de las últimas palabras.

—No, señorita,—añadió—no soy un enemigo de la humanidad. Soy enemigo de quien

sin consultar al médico como debería hacerse siempre, y jamás se hace, obliga á hacer gimnasia á muchachos que tienen enfermedades y defectos, y que se perjudican; ¿me entiende usted? Y lo soy también de quien hace surgir entre robustos y débiles contienidas de amor propio, que cuestan á los débiles romperse la cabeza; enemigo de los que reducen la gimnasia, que debería ser en todo caso sostén y alivio para el espíritu, á un artificio teórico que ocupa y fatiga la mente como cualquier otro estudio. Esto es lo que sucede. Soy también enemigo de las exajeraciones. Creo que los buenos efectos, que son innegables, de la gimnasia, se exageran hiperbólicamente, engañando á las gentes. Permítame asegurarle á usted, por ejemplo, que ningún ejercicio ni ningún aparato habríanle jamás dado la espléndida salud y la... conformación que usted puede contemplar de sí propia en el armario de luna.

El hijo mayor, aprobó, haciendo mover sus manos como si palmotease...

Por los ojos de la Pedani cruzó como un vislumbre de sonrisa. Pero, pronto se rehizo.

—¡Siempre lo mismo!— contestó—yo doy razones, y usted gracias. No afirmo más que esto: Alemania é Inglaterra, que son las

dos primeras naciones de Europa, son las que hacen más gimnasia. El pueblo griego, que fué el primero de la antigüedad, era el pueblo más gimnasta del mundo. — Y luego sonriéndose, añadió: — usted lo sabe muy bien: Aristodemo, para que los habitantes de Cumas, á quienes él había vencido no pudieran rebelarse más contra su tiranía, les prohibió hacer gimnasia.

— Lo dispondría así para atraérselos, — le contestó el ingeniero.

La maestra guardó silencio un momento, y luego con vivacidad, agregó:

— Por fortuna, no piensan todas como usted. Ni usted conoce nuestro mundo. La *idea* se hace camino en todos lados y también en Italia. ¿Sabe usted que tenemos centenares de sociedades gimnásticas? ¿Que hay señores apasionados que ponen su patrimonio al servicio de nuestra obra fundando Gimnasios? ¿que hay también un gran número de médicos jóvenes que consagran á la gimnasia todos sus estudios, y centenares de maestros que aprenden de intento lenguas extranjeras para estudiar la literatura gimnástica universal, la cual cuenta millares de volúmenes, escritos por eminentes sabios?

El ingeniero hizo un gesto vago, sin con-

testar, porque estaba ocupado en hacer gestos expresivos á su hijo mayor, el cuál se acercaba tanto á la maestra y la comía con los ojos, de modo tal, que era una verdadera inconveniencia.

— ¡Abajo Bauman! — dijo por fin, por decir algo.

Pero cuando le tocaban á Bauman, la Pedani no admitía bromas. Se fué encima.

Bauman era un benemérito de la patria, era el fundador de una nueva gimnasia que daría inmensos resultados, un gran talento, un sabio, un creador de caracteres.

Ella le había conocido en el Congreso: era una figura de hombre predestinado á grandes cosas: próximo ya á los sesenta años parecía un joven; tenía una frente soberbia, el gesto fulmineo, la palabra escultórica, una elocuencia avasalladora de soldado y de apostol. Bauman, dándole medios, hubiera rehecho una nación. Sólo por la reforma que quería llevar á cabo, de la gimnasia femenina, las mujeres de Italia debieran haberle levantado una estatua.

El ingeniero hizo una pirueta. La señora tomó entonces la palabra y con su indolente voz, dijo:

— Y sin embargo, querida maestra, la

gimnasia, para los maestros, tiene también sus inconvenientes. Los maestros de baile, observan que quita gracia y habitúa á movimientos descompuestos. Así también los profesores de piano aseguran que cuando vuelven del gimnasio las señoritas, no pueden tocar. Los mismos profesores de dibujo se lamentan de esto.

—Son celos del oficio—contestó la maestra;—créame usted, señora. Es imposible que haga daño al baile ó á cualquier arte el ejercicio gimnástico, porque por efecto de este ejercicio la sinovia se vierte con más abundancia en las articulaciones movibles de los huesos, y hace todos los movimientos más fáciles y más libres... ¿Ve usted? Su hijo me da también la razón en esto. ¿Verdad...? A propósito—añadió, volviéndose al estudiante,—tengo que darle á usted gracias por su lindo regalo.

El joven dió un salto; pero no se inmutó; ¡pues no faltaba más!

Sin embargo, hubiera preferido el silencio. Y con mucha desenvoltura dijo á su madre que había enviado á la maestra, suponiendo que le gustaría, el plano de un gimnasio griego, que él mismo había copiado en la biblioteca.

La señora dejó asomar la sonrisa á sus labios, diciendo á la Pedani:

—El domingo pasado, Alfredo ganó un premio en las corridas de velocípedos.

La Pedani pidió detalles de la victoria: se ocupaba siempre con interés de estas luchas, conocía los nombres de los más reputados vencedores, iba alguna que otra vez á la *pista*, y aun cuando no hubiera montado nunca en un velocípedo, hablaba de bicicletas, triciclos y bicicletas con pleno conocimiento del asunto.

Esta vez, sin embargo, al contarle las vicisitudes de su carrera, en la cual él había esperado caballerescamente á que su competidor, que había caído á tierra, se levantase, se echó tan encima de ella, acosándola con miradas y gestos provocativos, que su padre no pudo menos de llamarle la atención con ademán severo, que él no vió.

—Lo ve usted—dijo la maestra al ingeniero, echando hacia atrás su silla,—también su estudiante está con nosotros. Estamos, pues, en mayoría en esta casa los partidarios de la gimnasia. Fassi, mi amiga y yo, el señor Borsetti que hace gimnasia pulmonar, su hijo de usted, el comendador Celzani...

Al oír el nombre del comendador Celzani, el ingeniero se echó á reír.

—¡Ah! por lo que toca al comendador de la cruz de... señor Celzani—repuso—déjelo estar.

—¿Cómo?—preguntó la Pedani.—Pues qué, no va á todas las funciones de gimnasia que se dan, desde la primera á la última, en la Palestra, en las escuelas, en los institutos?... Su aprobación quiere decir mucho. No podrá usted negarme la seriedad del comendador Celzani.

—¡No, no la niego; al contrario!—contestó Ginoni con brío;—tanto más, cuanto que es un buen amigo mío. Y lejos de esto, digo que es una de las más venerables ancianidades de Turín. Solamente que...

—Y echó una mirada furtiva á las niñas, rascándose la barba como si tratase de buscar modo de explicarse sin que éstas comprendieran. Pero las muchachas, ocupadas en repartirse confites, ni siquiera se fijaban en lo que decía.

—Solamente que...—volvió á decir,—su culto por la gimnasia es demasiado parcial. Y si no, vea usted á ver si él se cuida en igual medida de la gimnástica masculina. Y luego que da mucha más importancia á la segunda edad que á la primera. Esto, sin

embargo, es admirable la puntualidad con que asiste á tales espectáculos y la atención que les presta. No cabe duda, encuentra elevados goces... intelectuales. Y sale de allí grave, con sus dulces ojos azules entornados, sumergido en profundos pensamientos. ¡Ah! si se pudiera escribir. Yo lo conozco. Y no es el único. Él no es más que un tipo. La gimnasia femenina ha sido un hallazgo incomparable para estos señores, un verdadero consuelo para su vejez, una fuente de delicadísimas delicias cerebrales, de las que nosotros los profanos apenas si podemos formarnos una remotísima idea. El comendador Celzani, nada tiene que ver con la gimnasia científica, créamelo usted. Cite, si quiere otras autoridades.

—Día llegará en que le cite á usted—contestó la maestra, para cortar la conversación,—porque llegaré á persuadirle á usted, y se suscribirá, no lo dude, en la Palestra. Todos se echaron á reír.

—¡*Jamais de la vie!*—exclamó el ingeniero.—Y si llevo á ir á la Palestra, no será más que para verla á usted en las paralelas.

—Pues tendrá que ver—repuso la muchacha;—¿sabe usted que solamente en las paralelas hay quinientos movimientos?

El ingeniero iba á contestar con una broma algo fuera de lugar, cuando se oyó la campanilla y al poco rato entró el secretario.

Fué un verdadero golpe escénico.

Venía á escusar á su tío, á quien un consipado impedía salir de casa. Al entrar sin presumir que estuviere allí la maestra, no pudo librarse de una fuerte sacudida, como si hubiera recibido una descarga eléctrica; y por grande que fuese el temor de ser descubierto, no pudo vencer en el primer momento la imperiosa necesidad de escudriñar en el semblante de ella la impresión de su carta, y se quedó mirándola con fijeza, dilatando desmesuradamente sus ojillos, y poniendo una cara rarísima, temblorosa y tan encendida, que fué más marcada la palidez cadavérica que vino luego.

Aquel rostro reveló en un segundo todo, al señor Ginoni; miró este en el acto á la maestra, y vió que una indefinible sonrisa, no de sus ojos, ni de su boca, sino de todo su semblante se dibujaba por todo él como si se difundiera el reflejo exterior de una imagen cómica.

El secretario cumplió su encargo, moviendo con dificultad los labios, como si los tuviera pegados con cola.

—¡Toma, toma, toma!—dijo para sí el ingeniero, saboreando su descubrimiento; y presentándole una silla, en la que se sentó como sobre un montón de espinas, le ofreció un vaso de Malvasia, que aceptó poniéndole pegado contra el pecho con ademán verdaderamente clericalesco.

En el momento concibió y comenzó á poner por obra el ingeniero Ginoni un plan de persecución.

—Precisamente, secretario amado —le dijo —ha caído usted en medio de una discusión gimnástica. La discusión era con la maestra. Tiene usted que decirnos también á qué escuela pertenece. ¿Es de la escuela de Bauman? Es de la escuela de... que otras escuelas hay, señorita Pedani... ¡Obermán! ¿Es usted de la escuela de Oberman? ¿Qué ideas tiene sobre los efectos de la gimnasia en las funciones del corazón?

La maestra se puso á mirar al techo.

El secretario, aterrado, se quitó precipitadamente el vaso de los labios y miró fijamente al ingeniero. Luego se tragó el vino de un sorbo, y, levantándose confuso, contestó al ingeniero:

—Usted, señor ingeniero, quiere guasearse. Siento mucho no poderme detener; tengo

que subir inmediatamente al lado de mi tío...

—¡Oh no, señor mío!— dijo Ginoni.— No consiento que se marche usted de este modo. Además que... no puede usted irse ahora, porque como la puerta de casa está abierta hasta las once, no se sabe con quién puede tropezarse uno en las escaleras, y usted, cumplido caballero y cortés administrador, tiene la obligación de acompañar hasta la puerta de su cuarto á la señorita Pedani.

El secretario volvió á sentarse de repente; pero el estudiante hizo un gesto de fastidio porque esperaba ser él quien la acompañase.

—Yo no tengo miedo á nadie;— dijo con varonil entonación la maestra.

—No basta— contestó Ginoni,— no tener miedo; es preciso que los demás lo tengan, y usted... no está en el caso...

El estudiante cambió de conversación interrogando á la Pedani sobre los grandes festejos que se habian anunciado con motivo del Congreso gimnástico de Francfort, y ella le dió noticia.

Serian quizás los festejos más espléndidos que se hayan celebrado jamás en Alemania; intervendrian representantes de todos los países de Europa, entre ellos muchos italianos.

Ella envidiaba á aquellos afortunados colegas suyos que tendrían ocasión de ver un espectáculo único en el mundo, entrando en relación con los más ilustres "gimnasiarcas", de los estados alemanes, Kloss, Niggeler, Danneberg, el famoso padre de la gimnástica, Jahn Turn Vater, y tantos otros; cuando ella quizá no podría procurarse sus retratos.

Mientras así hablaba el secretario la ase diaba con miradas laterales, mortalmente celoso por la familiaridad aparente con que conservaban ambos, y desconsolado al mismo tiempo al ver todos sus pensamientos y sentimientos dirigidos á la gimnasia y con tanto ardor, que no era posible esperar que otra pasión le cupiera en el pecho. Brillaba á pesar de todo esto en sus ojos pequeñuelos un rayo de esperanza, la espera temblorosa é impaciente á la vez del momento de irse, para acompañarla.

Saltó de su silla cuando vió que la Pedani se levantaba para salir.

Pero el ingeniero fué feroz.

—Ahora que pienso— dijo mientras todos se levantaban,— el señor secretario es tan tímido con las señoras que es muy capaz de dejar á la maestra en el piso segundo. Iré yo también á acompañarles.

¡Dios infinito! Fué aquello para don Celzani como una bofetada con mano de hielo; pero no osó, ni respirar siquiera.

Y mientras los demás se despedían, y el estudiante apretaba la mano á la maestra, observó él un movimiento fugaz en el rostro de ella, como si él le hubiera dado un apretón demasiado fuerte; y fué esto una segunda bofetada que recibió en el corazón el pobre hombre.

Salieron los tres juntos y subieron las escaleras casi á oscuras.

El ingeniero siguió diciendo chanzas y el secretario, con gran dolor suyo, no encontró ni una sola palabra que decir. Subía con trabajo deteniéndose cuando Ginoni y la maestra se detenían, y quedándose un poco atrás de cuando en cuando, para devorar con sus ojos aquella hermosa figura, como queriendo casi recabar una respuesta de sus formas, ó para asestar terribles miradas á la espalda de su verdugo.

Cuando llegaren delante de la puerta, donde no era perceptible ya la luz del gas, el ingeniero encendió una cerilla y la puso para recoger é interpretar la mirada del saludo; y en efecto, al entrar, ella le miró. Pero, su mirada no dijo nada. Y en el mis-

mo momento en que se apagaba la cerilla, se apagó también su esperanza.

El ingeniero adivinó por su silencio la tristeza de una desilusión, y, prevalido de la obscuridad, le dijo á quema ropa:

—Querido secretario, usted está enamorado de la maestra.

El secretario, primero con fuerza, luego flojo, negó, se airó, se mostró sorprendido y ofendido por aquella broma.

—¿Y por qué? ¿quizá sería una deshonra— preguntó Ginoni entre serio y descarado,— si fuese así? Es una hermosa y honrada muchacha, originalísima y de cuño bien distinto de lo ordinario. ¿Por qué no me dice usted la verdad? Soy buen amigo de usted, y podría darle buenos consejos. Soy un caballero y sé respetar los afectos.

Don Celzani permaneció un momento en silencio en medio de la obscuridad; luego, con voz conmovida, respondió:

—Pues bien; es cierto... sí, ¡es cierto!

—Que sea enhorabuena,—dijo el ingeniero—y viva la sinceridad. Ya comprendo que por ahora, usted ha tenido un desengaño. Pero no pierda los ánimos. Yo conozco á las mujeres. Conozco también el carácter de la maestra. Es una de esas minas que tienen la

mecha larga y escondida, que está ardiendo largo tiempo sin dar señales ostensibles de ello; luego, sin embargo, estallan de repente cuando uno menos lo esperaba. Tenga una constancia de hierro y una paciencia de santo, y día llegará... Porque es claro que usted le hace la corte *con buen fin*; ¿no es verdad?

—¡Claro está!—contestó don Celzani;—yo tengo honradas intenciones, y me sorprende la pregunta.

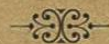
—Esto es lo que yo quiero decir;—repuso el ingeniero, volviendo á su aire desenvuelto, gracias al equívoco.—Pues bien; oiga usted un consejo. Mujeres como ésta no se conquistan asaltando directamente; es preciso dar vueltas en derredor. Ella tiene una pasión: la gimnasia. Hay que apoderarse de ella por el asidero de esta pasión. Debe usted hacerse socio de la Palestra, hacer ejercicios, estudiar la materia en los libros, hablarle de ello, caerle en gracia por este camino. Este es el primer consejo que le doy; luego, irán viniendo otros. Por ahora, ¡á los aparatos! Y valor.

Don Celzani, incierto sobre si el ingeniero hablaba en broma ó con seriedad, nada contestó.

Habían llegado ya á la puerta del comendador entre tanto.

—Buenas noches,—dijo Ginoni.—Guardaré el secreto como un caballero.

El secretario le correspondió con unas *buenas noches* en voz baja y con tono algo desconfiado, y se entró en su casa arrepentidísimo de haber hablado.



XI

Arrepentido y descorazonado.

Una esperanza cruzó por su mente, sin embargo, al entrar en su cuarto y encender la vela.

¡Quién sabe! Quizás ella le había escrito aquel día, y á la mañana siguiente recibiría la carta.

Es verdad que por desgracia podía muy bien presagiar qué carta sería; pero, cualquiera que fuese, pareceriale menos dura que aquella muda indiferencia que le abrumaba.

Con estos pensamientos se desnudó, poniendo el oído alerta; porque su habitación estaba debajo de la que ocupaba la Pedani, y no habiendo entre las dos más que un piso muy delgado, él oía hasta los más pequeños ruidos. Pero al poco rato ya no oyó nada: debía estar estudiando sentada á su mesa.

Tuvo una sospecha en aquel punto y con

la sospechó una nueva esperanza; había quizá hecho mal en no exponer con toda precisión en su carta su propósito de casarse: quizá ella creyera que no se trataba mas que de una correspondencia amorosa. ¡Qué error tan grande había cometido!... ¡Y sin embargo, le parecía á él tan claro!... ¡Dios santo, qué hermosa estaba! Jamás la había visto tan bien como aquella noche, sentada, con su talle erguido como una emperatriz en su trono, con aquel amplio pecho henchido de vida, sobre el cual hubiera recostado él su cabeza aún á trueque de quemarse como en un brasero.

La luz de la lámpara daba á su cutis esplendor de juventud, que hacia pensar si todos los años se rejuvenecería uno al estampar un beso. Había observado puesta sobre la mesa su mano, un poco llena de carnes por los ejercicios gimnásticos, pero larga y hermosa, llena de fuerza y de gracia, y se hubiera echado sobre ella con más violencia que el buitre sobre la tórtola.

¡Ah! no, ciertamente: él no era de su agrado; otra tenía que ser la forma del hombre ideal que acariciase su imaginación.

Y á pesar de todo, él sentía en su pecho tan poderosa pasión, que bastaba á colmar

todos los vacíos, á igualar todos los defectos y á desafiar todas las competencias.

Le ardía toda la cabeza como una girándula encendida.

Al oír el primer rumor en la habitación de encima, se sentó sobre la cama y fijó sus ojos inflamados en el techo, conteniendo la respiración. Nunca aquellos rumores habían agitado tanto su sangre como aquella noche. Los conocía todos, y seguía por ellos todos los pasos de la vecina. Mueve la silla, va de un lado á otro echando la ropa aquí y allá, abre y cierra el armario, pone el candelero sobre la mesa de noche, deja caer un zapato, luego el otro... ¡Ah, miseria de la vida!

Este era precisamente el momento en que el pobre don Celzani sentía más fuerte el rencor contra la naturaleza, que parecía haberlo esculpido de intento para el ministerio eclesiástico; y hubiera dado con gusto veinte años de vida con tal de cambiar de semblante.

Mas luego poco á poco, con prolongarse tanto la vigilia, la exasperación de los deseos se amortiguaban dulcificándose en un sentimiento de tristeza afectuosa y humilde, durante el cual, abandonando la persona adorada, se contentaba con la fantasía de los

objetos de ella que había oído caer uno á uno; pareciéndole que le bastaría con poseer estos, tocarlos, besarlos, morderlos para tener un desahogo.

No durmió casi nada aquella noche, despertándose antes del amanecer para esperar el rumor acostumbrado que solía despertar en él toda la violencia de los deseos aquietados por el cansancio.

Y en efecto, á la hora precisa en que la Pedani solía echarse al suelo, oyó sobre el pavimento el ruido sordo de los pies desnudos, que le produjo tremenda sacudida; oyó el roce usual de las ropas al vestirse, luego el rumor sordo de las pesas al sacarlas rodando de debajo de la cama, pues todos los días, apenas se levantaba, hacía un poco de ejercicio.

Esta imagen última de sus brazos gallardos que se sacudían en el aire sobre su cabeza le dió al cabo el impulso para una resolución atrevida. Quería abreviar el martirio de la incertidumbre, esperarla á la salida de las ocho y media y exigirle una respuesta.

La esperó en efecto, y por fortuna suya, bajó sóla.

Se fué á su encuentro, la saludó y con trémula voz:

—¿No tiene usted nada que decirme?...

La maestra le contestó tranquilamente:

—Sí, una cosa sola. Debo darle á usted las gracias por sus buenos sentimientos.

—¿Nada más?

—No, señor administrador; añadió con desenvoltura;—nada más.

Y siguió bajando.



XII

Desde entonces comenzó para él una serie de días tristísimos; porque había decidido volver á intentar otra prueba con una formal petición de matrimonio; pero se le ocurría que inmediatamente después de aquellas calabazas, sin preparar el terreno, hubiera sido una locura. Y entre tanto cayeron sobre él disgustos sobre disgustos.

Fué el primero que la maestra Zibelli, de la noche á la mañana le negó el saludo. Hubiérase afligido menos por este suceso si hubiese sabido que había entrado entonces en una de sus fases, en la que, desengañada del mundo, se encerraba en una especie de forzado entusiasmo por su oficio de maestra, leyendo libros de escuela hasta por la calle para no ver la juventud y el amor que pasaban á su lado, pedantemente celosa de sus